Max Paradox

¿UN PROBLEMA? TRANQUI. ¡TÚ PUEDES!

Las vacaciones familiares tienen un itinerario, pero los mayores no lo han firmado

Cómo planificar un viaje en familia teniendo en cuenta la movilidad, el descanso y la accesibilidad



Las vacaciones familiares tienen un itinerario, pero los mayores no lo han firmado

Cómo planificar un viaje en familia teniendo en cuenta la movilidad, el descanso y la accesibilidad

Max Paradox

Rozwiąż swój problem z przymrużeniem oka

ISBN: 9788384908785

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 6

Capítulo 1 - Todos se van de vacaciones, pero cada uno imagina algo diferente 13

Capítulo 2 - Una persona mayor no es una categoría de accesibilidad. Averigua qué necesita realmente 23

Capítulo 3 - «Pero si hace un momento estaba bien». Por qué las capacidades cambian durante el viaje 35

Capítulo 4 - «En las fotos parecía diferente». Cómo las expectativas sobre las vacaciones chocan con la realidad 45

Capítulo 5 - El día del viaje también forma parte de las vacaciones. Cómo organizar el trayecto para no llegar agotados 56

Capítulo 6 - Ayudar sin asumir el control. Cómo apoyar a una persona mayor sin convertir las vacaciones en un turno permanente de cuidados 66

Capítulo 7 - No intentes meter todas las vacaciones en un solo día. El arte de organizar un programa que realmente pueda funcionar 78

Capítulo 8 - Pequeñas cosas que pueden arruinar todo el día. Aseos, bancos, sombra y otros detalles de las vacaciones 89

Capítulo 9 - De la idea a una ruta terminada. Cómo planificar una excursión paso a paso 103

Capítulo 10 - Reserva con cabeza. Cómo organizar entradas, asientos y servicios sin sorpresas durante las vacaciones 112

Capítulo 11 - El ritmo diario durante las vacaciones. Cómo combinar las mañanas, las comidas, el descanso y los planes de la noche.....125

Capítulo 12 - Todos deben participar, pero no necesariamente de la misma manera. Cómo elegir actividades para toda la familia.....139

Capítulo 13 - La maleta que piensa por ti. Cómo hacer el equipaje para unas vacaciones familiares sin llevarte toda la casa.....153

Capítulo 14 - Vacaciones sin tener que adivinar. Cómo preparar a la familia para desplazarse por un lugar desconocido.....165

Capítulo 15 - Cuando alguien dice «no». Cómo gestionar los conflictos, las preocupaciones y los cambios en los planes de vacaciones.....179

Capítulo 16 - No todo se puede adaptar. Cómo tomar decisiones difíciles cuando las posibilidades durante las vacaciones tienen límites.....190

Capítulo 17 - Cuando las vacaciones se salen de control. Cómo reaccionar ante situaciones imprevistas sin provocar el pánico familiar.....202

Capítulo 18 - No empecéis cada viaje desde cero. Cómo construir un sistema familiar para disfrutar de las vacaciones.....216

Capítulo 19 - Los viejos hábitos regresan más rápido que las fotografías de las vacaciones. Cómo no perder la manera de viajar que habéis conseguido construir.....230

Capítulo 20 - Vuestras vacaciones, vuestras reglas. Cómo viajar juntos sin un guion cerrado ni obligaciones familiares 243

INTRO

Las vacaciones familiares suelen comenzar con una imagen preciosa. Varias generaciones bajo el mismo techo, desayunos compartidos, visitas turísticas, fotografías, cenas en restaurantes con encanto y veladas en las que todos coinciden en que algún día habrá que repetirlo. Alguien encuentra un apartamento con vistas, otra persona reserva un coche y el miembro más ambicioso de la familia prepara un programa de actividades que parece diseñado para combinar las vacaciones con una competición de marcha rápida.

Todo está organizado. La hora de salida, la ruta, las entradas, los restaurantes, los miradores, el museo, el paseo por el casco antiguo y una atracción más, porque sería una pena desperdiciar el día. Solo hay un pequeño detalle: el programa lo ha preparado alguien que, al parecer, da por hecho que todos los participantes tienen la misma condición física, necesitan descansar con la misma frecuencia y toleran por igual las escaleras, el calor y los paseos de varios kilómetros.

Mientras tanto, después de la primera hora de visitas, la abuela empieza a buscar un sitio donde sentarse; el abuelo mira cada vez con más frecuencia el banco que hay al otro lado de la calle; los niños preguntan cuándo podrán ir a la piscina y los padres intentan contentar a todo el mundo sin provocar una crisis diplomática familiar. Alguien propone acercarse un momento más a otro mirador. La respuesta es el silencio. Pero no un silencio cualquiera. Es el silencio de unas personas que acaban de comprender que el mirador puede ser precioso, pero que el camino hasta allí fue

diseñado por alguien que, evidentemente, nunca ha tenido que negociar con unas rodillas humanas.

Y así es como unas vacaciones familiares que debían servir para descansar empiezan a parecerse a un proyecto logístico con retrasos imprevistos, prioridades cambiantes y partes interesadas cada vez menos satisfechas. Con una diferencia: aquí no basta con enviar un mensaje al equipo anunciando que el plazo se pospone. Todos están sentados a la misma mesa y recuerdan perfectamente quién diseñó la ruta del día.

Viajar juntos entre varias generaciones es una idea maravillosa, pero requiere una forma de planificación distinta a la de unas vacaciones entre personas con capacidades y necesidades similares. No porque las personas mayores no sepan viajar, no disfruten de las actividades o deban pasar sus vacaciones exclusivamente sentadas en un sillón del hotel. Todo lo contrario. Muchas personas mayores quieren descubrir lugares, conocer nuevos destinos, probar platos locales, pasear y participar en la vida familiar. No quieren ser un complemento del viaje ni convertirse en aquellas personas por las que el resto de la familia tiene que renunciar constantemente a sus planes. Simplemente quieren poder disfrutar de las vacaciones en sus propios términos.

El problema aparece cuando la familia confunde las ganas de participar con una capacidad ilimitada para hacerlo. Que alguien diga: «Claro, vamos, será estupendo» no significa automáticamente que esté preparado para pasar todo el día haciendo turismo, subir una colina, cambiar de línea en un metro abarrotado y terminar con una cena que empieza a las nueve de la noche. Aceptar un viaje no equivale a firmar un

compromiso para cumplir cada punto del calendario vacacional.

A veces las dificultades son evidentes. Alguien utiliza un bastón, un andador o una silla de ruedas, tiene movilidad reducida o necesita ayuda para subir y bajar escaleras. Sin embargo, con mucha más frecuencia las limitaciones son menos visibles. Permanecer de pie durante mucho tiempo puede resultar agotador, caminar a un ritmo rápido puede dificultar los desplazamientos y pasar varias horas fuera del alojamiento puede provocar un cansancio mayor del que la familia había previsto. A esto se suman el calor, el ruido, la falta de aseos accesibles, los asientos incómodos o la necesidad de recorrer grandes distancias entre una atracción y otra.

No hay que dar por sentado que todas las personas mayores tienen las mismas necesidades. La edad, por sí sola, no es un manual de instrucciones para entender a una persona. Alguien de más de setenta años puede caminar sin problemas una docena de kilómetros, mientras que otra persona puede necesitar descansos frecuentes después de recorrer unos cientos de metros. Una persona puede subir escaleras sin dificultad, pero tener problemas para permanecer de pie durante mucho tiempo. Otra puede desplazarse con soltura, pero llevar mal el calor o pasar muchas horas sentada en un coche. Por eso, planificar unas vacaciones basándose en estereotipos es tan sensato como comprar zapatos para toda la familia en una única talla. Quizá alguien tenga suerte, pero cuesta llamarlo una estrategia.

Existe además otro problema: la dinámica familiar. Quienes organizan el viaje suelen hacerlo con la mejor intención. Reservan, comprueban información, buscan

actividades e intentan que todos disfruten al máximo. Por su parte, las personas mayores no siempre quieren comunicar sus limitaciones porque no desean causar molestias, alterar los planes o escuchar que algo es demasiado difícil para ellas. A veces ni siquiera saben cómo se encontrarán en un lugar concreto. El resultado es que los organizadores planifican de buena fe y los participantes guardan silencio también de buena fe. Después, todos se sorprenden de que la realidad no haya leído el guion que habían preparado entre todos.

Por eso merece la pena cambiar el punto de partida. En lugar de preguntarse únicamente adónde ir y qué visitar, hay que pensar en cómo podrá disfrutar todo el mundo del viaje. Parece una diferencia pequeña, pero cambia prácticamente todas las decisiones: la elección del alojamiento, su ubicación, el medio de transporte, la duración de las excursiones, el orden de las actividades, los horarios de las comidas e incluso la manera de reservar las entradas.

La accesibilidad no consiste únicamente en disponer de un ascensor o una rampa. También significa poder llegar a un restaurante sin tener que superar una pendiente pronunciada, utilizar un aseo cuando sea necesario, descansar a la sombra, entrar cómodamente en un coche y regresar al alojamiento sin tener que organizar una expedición de rescate. A veces, la comodidad más importante no es un equipamiento especializado, sino una buena ubicación del alojamiento, la proximidad de los servicios básicos y la posibilidad de acortar el recorrido cuando el día resulta más exigente de lo previsto.

Esto tampoco significa que todos los días deban organizarse al ritmo del participante más lento. Un viaje familiar no debería convertirse en una negociación

permanente en la que unos se sienten limitados y otros culpables. Es posible compartir algunas actividades y reservar tiempo para hacer cosas por separado. Se puede planificar una visita en la que una parte de la familia participe en su totalidad mientras otra elige una versión más corta. También es posible dividir el grupo durante unas horas sin considerar que eso representa un fracaso de las vacaciones compartidas. Los adultos pueden pasar un rato separados y seguir siendo una familia. Ni siquiera hace falta convocar una comisión de investigación para averiguar quién se ha escapado de quién.

Lo fundamental es crear un programa que ofrezca a todos opciones reales. No basta con incluir en el calendario la expresión «tiempo libre» si la tienda más cercana está a dos kilómetros del hotel y el banco más próximo es prácticamente una leyenda local. Tampoco basta con preguntar a una persona mayor si podrá hacerlo cuando no le explicamos las condiciones reales: cuánto dura el paseo, cuántas escaleras hay, dónde podrá descansar y cómo se llega al destino.

Por eso, una buena preparación comienza antes de realizar cualquier reserva. Empieza con una conversación en la que cada persona pueda explicar qué le interesa, qué preferiría evitar y qué condiciones le permitirían disfrutar del viaje. Conviene hablar de forma concreta, sin juzgar y sin asumir que alguien exagera o se limita innecesariamente. Preguntar «¿Quieres venir?» resulta mucho menos útil que preguntar «¿Qué ritmo de visitas te resultaría cómodo?», «¿Las escaleras suponen un problema?» o «¿Cuánto tiempo necesitas para descansar después de una excursión larga?». Estas preguntas no le quitan autonomía a nadie. Al contrario, ayudan a conservarla.

Este libro está pensado para familias que quieren viajar juntas, pero no desean que las vacaciones compartidas obliguen a nadie a renunciar a sus propias necesidades. Para quienes organizan un viaje para sus padres, abuelos, hijos y para sí mismos, y descubren durante los preparativos que encontrar un hotel adecuado es solo el principio. Para las personas mayores que quieren participar en las aventuras de las vacaciones, pero no necesariamente tienen ganas de demostrar su estado físico en cada nueva atracción. Y para todos aquellos que quieren evitar que el recuerdo más importante del viaje sea una discusión sobre por qué alguien ha vuelto a programar un paseo cuesta arriba.

Aquí no encontrarás la idea de que existe un único modelo perfecto de vacaciones familiares. No hay una duración universalmente adecuada para un paseo, una hora de descanso que funcione para todos ni un alojamiento que sea la mejor opción para cualquier familia. Lo que sí encontrarás son formas de tomar decisiones más sensatas, detectar las dificultades con antelación y preparar un viaje para no tener que improvisar ante cada nuevo escalón.

Porque unas buenas vacaciones familiares no consisten en que todos vean exactamente lo mismo, al mismo tiempo y al mismo ritmo. Consisten en que cada persona regrese con la sensación de haber estado realmente de vacaciones. De haber podido participar, descansar, descubrir algo interesante, comer algo rico y pasar tiempo con sus seres queridos sin tener que justificar constantemente sus propias capacidades.

Y si, al regresar, toda la familia coincide en que la próxima vez también viajará junta, será una prueba mucho mejor de

que la planificación ha funcionado que el número de atracciones visitadas.

Al fin y al cabo, las vacaciones están para coleccionar recuerdos, no recibos por los kilómetros de trabajo acumulados por las rodillas de toda la familia.

Capítulo 1 - Todos se van de vacaciones, pero cada uno imagina algo diferente

La planificación de unas vacaciones familiares puede sacar a la luz cuestiones que ni siquiera se han conseguido resolver después de muchos años de convivencia. Basta con proponer una fecha para el viaje para descubrir que una persona sueña con descansar tranquilamente, otra quiere visitar todas las atracciones importantes de la región, una tercera considera que unas vacaciones sin excursiones diarias son un desperdicio de dinero y una cuarta preferiría pasar una semana entera en un lugar del que no fuera necesario salir para nada. Todos dicen que quieren pasar tiempo juntos. El problema es que cada uno tiene su propia definición de lo que significa exactamente estar juntos.

Muchas familias empiezan eligiendo el destino, cuando en realidad deberían comenzar hablando de sus expectativas. Las fotografías del apartamento, la distancia hasta el mar y el atractivo de los alrededores pueden desviar eficazmente la atención de la pregunta fundamental: ¿cómo queremos pasar el tiempo? Es posible encontrar una casa preciosa en la montaña y descubrir, una vez allí, que una persona imaginaba paseos cortos por los valles, otra esperaba realizar excursiones de día completo hasta las cumbres y una tercera daba por hecho que habría un restaurante cerca, una tienda y la posibilidad de pasar la tarde cómodamente. Todos aceptaron la misma ubicación, pero cada uno había comprado en su imaginación unas vacaciones completamente diferentes.

Este fenómeno resulta especialmente evidente en los viajes de varias generaciones. Los participantes más jóvenes suelen pensar en términos de atracciones y actividades. Quieren aprovechar sus días libres, descubrir lugares nuevos, probar experiencias desconocidas y regresar con la sensación de haber estado realmente en algún sitio. Las personas mayores pueden tener deseos similares, pero al mismo tiempo conceder más importancia a la previsibilidad, la comodidad, las posibilidades de descanso y la independencia. Algunas querrán hacer turismo intensivamente; otras valorarán sobre todo un ambiente tranquilo y la posibilidad de pasar tiempo con la familia sin prisas. No existe un único perfil de viajero mayor, del mismo modo que tampoco existe un único perfil de persona de treinta años.

Las dificultades comienzan cuando la familia interpreta que compartir un destino significa tener también las mismas necesidades. Si todos quieren ir a la costa, se supone que todos querrán pasar el tiempo en la playa. Si se elige una ciudad histórica, aparece la expectativa de que todos estarán interesados en visitar monumentos. Sin embargo, alguien puede soñar con el mar y no soportar pasar muchas horas bajo el sol. Otra persona puede adorar la historia, pero no tener ganas de permanecer de pie durante horas en un museo. Y alguien más puede disfrutar especialmente de la simple presencia de sus seres queridos, aunque no visite ni una sola atracción turística.

Conviene, por tanto, separar tres cuestiones: el destino, la manera de pasar el tiempo y las condiciones en las que cada participante podrá disfrutarlo. Estar de acuerdo con el lugar elegido no significa aceptar todas las actividades. Aceptar un alojamiento compartido no implica que todo el mundo

tenga que permanecer junto desde el desayuno hasta bien entrada la noche. Y querer participar en el viaje no significa estar dispuesto a adaptarse al programa más intenso de todos.

La trampa del consentimiento supuesto

En muchas familias, las decisiones más importantes se toman a partir de respuestas breves. Alguien pregunta: «Entonces, ¿nos vamos en agosto?», y los demás responden: «Sí, claro». Otra persona envía un enlace a un apartamento, aparecen varias reacciones positivas y se realiza la reserva. Nadie quiere complicar las cosas. Especialmente las personas mayores pueden evitar expresar sus objeciones porque no desean dar la impresión de que necesitan un trato especial.

A veces, detrás de ese silencio hay simple cortesía. Alguien no quiere criticar una idea a la que la familia ya ha dedicado mucho tiempo. En otras ocasiones, teme que expresar dudas se interprete como falta de entusiasmo. También puede ocurrir que la persona mayor todavía no conozca las condiciones concretas del viaje y no sepa evaluar si estará cómoda. La frase «Ya me las arreglaré» puede expresar una confianza auténtica, pero también puede ser un intento de evitar una conversación que parece incómoda.

Los organizadores también tienen sus propias costumbres. A menudo suponen que, si sus padres han viajado con ellos en excursiones similares en el pasado, el programa actual también será adecuado. Sin embargo, las capacidades y las preferencias cambian con el tiempo. No tiene por qué producirse una gran variación en la movilidad. A veces basta con que alguien haya dejado de disfrutar de los desplazamientos largos, tolere peor el ruido o necesite

más tiempo para prepararse por las mañanas. Una familia que lleva años viajando siguiendo el mismo esquema puede no darse cuenta de que las circunstancias ya no son las mismas.

Por eso, en lugar de preguntar de manera general si a todos les parece bien el viaje, conviene hablar de sus elementos concretos. No se trata de organizar un interrogatorio antes de cada periodo de vacaciones. Basta con mantener una conversación tranquila en la que todos tengan la oportunidad de explicar qué es importante para ellos. Algunas preguntas útiles pueden ser:

- ¿Qué es lo que más nos gustaría hacer durante este viaje?
- ¿Qué actividades nos resultan especialmente atractivas y de cuáles podríamos prescindir?
- ¿Cuánto tiempo al día queremos dedicar a las visitas y excursiones compartidas?
- ¿Necesitamos reservar tiempo para descansar por separado?
- ¿Qué condiciones del alojamiento y del transporte son imprescindibles para nosotros?
- ¿Qué podría hacer que el viaje dejara de resultar agradable?

Es importante que las respuestas no se juzguen inmediatamente. Si alguien dice que no quiere salir del hotel todos los días, no hay que convencerlo enseguida de que sería una pena quedarse en la habitación. Si alguien sueña con hacer turismo de manera activa, tampoco conviene dar por hecho que tendrá que renunciar a todas las ideas más ambiciosas. La conversación debe servir para conocer las

necesidades de cada uno, no para elegir al ganador de un debate familiar.

También es buena idea separar la conversación sobre los deseos de la conversación sobre las limitaciones. Primero, cada persona debería poder explicar cómo imagina unas vacaciones satisfactorias. Solo después conviene determinar qué condiciones serán necesarias para hacer realidad esas expectativas. Este enfoque evita que la primera frase de una persona mayor sobre su necesidad de descansar provoque la eliminación inmediata de la mitad de las propuestas. Necesitar descansar no significa, evidentemente, carecer de interés por el mundo.

¿Quién organiza las vacaciones y quién es pasajero de sus propias vacaciones?

En muchos viajes compartidos hay una persona que asume la responsabilidad de la logística. Es quien busca alojamientos, compara precios, comprueba cómo llegar, compra entradas y recuerda al resto las fechas importantes. Con el tiempo, puede empezar a considerar que su propio programa es el único razonable. No necesariamente porque quiera controlar a los demás. Muchas veces es simplemente una consecuencia de la enorme cantidad de trabajo que ha realizado antes de salir.

Sin embargo, aparece una dependencia peligrosa: como una persona ha preparado el programa, los demás deben aceptarlo. En esa situación, las personas mayores se convierten en pasajeros de unas vacaciones diseñadas por alguien distinto. Su papel se limita a participar en los sucesivos puntos del calendario. Aunque el organizador tenga las mejores intenciones, puede privarlas inconscientemente de la influencia sobre la manera en que pasan sus días libres.

Conviene recordar que las personas mayores no necesitan automáticamente un cuidador que tome todas las decisiones por ellas. Si alguien es independiente, debe poder participar en las decisiones sobre su propio tiempo. Ayudar a encontrar un alojamiento accesible o comprobar las opciones de transporte es algo muy distinto a asumir el control de todos los aspectos del viaje. La diferencia es importante, porque el exceso de protección puede resultar tan agotador como ignorar las necesidades de una persona.

En lugar de preparar un programa completo y presentarlo a la familia para su aprobación, es mejor acordar conjuntamente sus elementos principales. El organizador puede preparar varias propuestas realistas, pero las decisiones sobre las actividades compartidas deberían tener en cuenta las opiniones de todas las personas interesadas. Una persona mayor puede elegir el lugar que le gustaría visitar, los más jóvenes pueden proponer una actividad y quien se ocupa de la logística puede comprobar si ambas ideas pueden combinarse razonablemente.

Esto no significa que todas las decisiones deban tomarse mediante una votación. Las vacaciones familiares no son una junta general de accionistas. Algunas cuestiones son puramente técnicas y alguien tiene que encargarse de las reservas. Otras afectan directamente a la comodidad de los participantes y requieren su consentimiento expreso. La elección del color de una maleta puede corresponder a su propietario. La elección de un alojamiento con numerosas escaleras exige tener en cuenta a la persona que tendrá que subirlas.

Aquí resulta útil distinguir entre necesidades imprescindibles, preferencias y extras. Las necesidades imprescindibles determinan las condiciones sin las cuales

una persona no podrá participar en el viaje de manera cómoda o segura. Las preferencias describen aspectos que mejoran considerablemente la comodidad, pero que pueden negociarse. Los extras son elementos atractivos, aunque no indispensables. Si la familia no distingue estas categorías, puede gastar mucha energía discutiendo detalles secundarios mientras ignora la cuestión que realmente determina el éxito del viaje.

Viajar juntos no significa pasar juntos cada minuto

Una de las suposiciones más perjudiciales es creer que, si la familia viaja junta, también debe funcionar constantemente como un único grupo. Esta imagen puede resultar atractiva en los folletos turísticos, pero en la práctica puede generar bastantes tensiones. Unos quieren visitar el mercado local por la mañana, mientras otros prefieren dormir un poco más. Alguien quiere ir a una galería de arte y otra persona prefiere pasar una hora en una cafetería. Si cada diferencia exige negociar con todo el grupo, incluso una actividad pequeña empieza a parecer una operación que necesita la aprobación de varios niveles de dirección.

La solución consiste en planificar tanto el tiempo compartido como el espacio para tomar decisiones individuales. La familia puede establecer que el momento principal del día será una comida conjunta, una cena o una atracción elegida entre todos. El resto de las horas puede organizarse con mayor flexibilidad. Una parte del grupo puede optar por un paseo más largo, otra puede descansar y todos pueden reunirse después en un lugar acordado.

Este modelo tiene otra ventaja: permite que las personas mayores conserven su sensación de independencia. No tienen que renunciar a una actividad simplemente porque los demás prefieran hacer otra cosa. Tampoco necesitan fingir

que están cansadas para justificar su decisión de quedarse en el alojamiento. Del mismo modo, los más jóvenes no tienen que renunciar a todas las actividades más intensas por miedo a que alguien se sienta excluido.

Por supuesto, pasar tiempo por separado requiere unas condiciones adecuadas. Hay que comprobar si la persona puede llegar sin problemas al lugar elegido, si tiene acceso a un teléfono, si conoce la dirección del alojamiento y si sabe cómo regresar. Si necesita ayuda, hay que acordarla previamente, en lugar de suponer que alguien aparecerá casualmente por allí. La independencia no consiste en dejar a una persona sin apoyo. Consiste en organizar el viaje de manera que la ayuda esté disponible cuando se necesite, en lugar de imponerla constantemente.

Por ejemplo, una familia puede acordar que las mañanas estarán destinadas a las actividades compartidas y que las tardes serán más flexibles. Un día todos visitan un museo interesante; al siguiente, una parte del grupo elige una excursión más larga, mientras los demás disfrutan de las atracciones cercanas. Por la noche, todos se reúnen para cenar. Este programa no obliga a renunciar al carácter familiar del viaje, pero reduce el número de situaciones en las que las necesidades de una persona se convierten en un obstáculo para los demás.

¿Cómo convertir la conversación en un plan concreto?

Después de recoger las expectativas de todos, merece la pena anotar algunos acuerdos comunes. No hace falta redactar un documento formal ni elaborar un calendario excesivamente detallado. Basta con una nota compartida que todos puedan consultar. En ella deberían aparecer las decisiones principales: el carácter del viaje, las actividades que interesan a la familia, las condiciones del alojamiento,

las necesidades relacionadas con el transporte y las reglas para organizar el tiempo libre.

También resulta útil identificar las cosas que la familia preferiría evitar. No se trata de crear una lista de prohibiciones, sino de reconocer posibles fuentes de conflicto. Si alguien no quiere cambiar de alojamiento todos los días, hay que tenerlo en cuenta al elegir dónde quedarse. Si una persona mayor necesita descansar con regularidad, no conviene reservar actividades inmediatamente después de un viaje largo. Si alguien no soporta los lugares abarrotados, es mejor saberlo antes de comprar entradas para un acontecimiento muy popular.

La nota compartida tiene además otra función: evita tener que volver repetidamente a las mismas conversaciones. Durante las reservas, el organizador puede consultar los acuerdos en lugar de intentar recordar quién dijo qué varias semanas antes. Los demás participantes también pueden ver qué decisiones se tomaron y por qué. Así resulta más fácil evitar el posterior comentario: «Pero yo pensaba que sería de otra manera».

Sin embargo, conviene dejar espacio para cambiar de opinión. Antes del viaje pueden aparecer nuevas informaciones, variar el estado de ánimo o las condiciones de algún participante, o descubrirse que una actividad no se parece tanto a lo que mostraban las fotografías. Los acuerdos deben servir como punto de referencia, no como un contrato imposible de modificar sin abrir un procedimiento familiar de reclamaciones.

Una buena manera de comprobar la calidad del plan es hacerse una pregunta sencilla: ¿puede cada participante señalar al menos una cosa que realmente esté esperando con ilusión? Si la respuesta es afirmativa, existe la

posibilidad de que el viaje responda a las distintas necesidades de la familia. Si una persona enumera diez atracciones y los demás se limitan a decir que «será bonito porque estaremos juntos», quizá merezca la pena retomar la conversación.

Tampoco hay que ignorar a quienes no participan activamente en la planificación. Puede que alguien no disfrute de las discusiones organizativas, no tenga interés en las reservas o simplemente carezca de tiempo para revisar ofertas. Eso no significa que su opinión sea menos importante. Se le puede pedir que responda a unas cuantas preguntas concretas y presentarle un breve resumen de las propuestas. Participar en las decisiones no exige convertirse en un experto en turismo.

Las mejores vacaciones familiares no tienen por qué ser un compromiso en el que cada persona recibe un poco de aquello que no quería. Pueden ser un viaje organizado conscientemente, en el que las diferentes necesidades encuentren su lugar. A veces será una excursión conjunta; otras, una tarde tranquila; y en ocasiones, renunciar a una atracción que ha resultado poco práctica. Eso no es un fracaso organizativo. Es una señal de que el programa está al servicio de las personas y no las personas al servicio del programa.

Capítulo 2 - Una persona mayor no es una categoría de accesibilidad. Averigua qué necesita realmente

Al buscar alojamiento, es posible encontrar descripciones que suenan muy atractivas: ideal para personas mayores, cómodo para toda la familia, zona tranquila, fácil acceso a las atracciones. En ocasiones también aparece información sobre ascensores, aparcamiento o instalaciones adaptadas para personas con movilidad reducida. El problema es que la mayoría de estas expresiones todavía no permite saber si una persona concreta podrá utilizar cómodamente el establecimiento.

Un hotel puede anunciarse como adecuado para personas mayores porque se encuentra en una zona tranquila. Al mismo tiempo, su entrada puede tener una escalera de más de diez peldaños. Un apartamento puede disponer de ascensor, pero para llegar hasta él quizá haya que superar primero un escalón que no aparece en las fotografías. Una pensión puede estar cerca del centro, aunque el camino hasta ella discurra por una calle empinada y la tienda más próxima se encuentre al otro lado de una avenida muy transitada. Todo coincide con la descripción. Solo que la realidad tiene muy poco que ver con la promesa de comodidad.

Por eso, al planificar un viaje hay que abandonar el pensamiento basado en categorías de edad y empezar a pensar en términos de capacidades concretas. El simple hecho de que alguien sea una persona mayor no nos dice qué distancia puede caminar cómodamente, cuánto tiempo

puede permanecer de pie, si necesita pasamanos, cómo tolera los trayectos largos ni qué tipo de descanso prefiere. La edad es un dato sobre una persona, pero no constituye un manual de instrucciones de su organismo.

Dos personas de edades similares pueden tener necesidades completamente diferentes. Una puede desplazarse de manera independiente, pero necesitar descansos frecuentes. Otra puede utilizar un bastón y, sin embargo, estar acostumbrada a caminar distancias más largas y conocer bien sus propias posibilidades. Alguien puede subir escaleras sin dificultad, pero tener problemas para caminar sobre superficies irregulares. Otra persona puede desenvolverse perfectamente durante las visitas turísticas, siempre que no tenga que permanecer mucho tiempo de pie en el mismo lugar.

También sucede que las capacidades de una misma persona varían dependiendo del día y de las condiciones. Después de una noche tranquila y un buen descanso, un paseo puede resultar agradable. Después de un viaje largo, una noche de mal sueño o con temperaturas elevadas, esa misma ruta puede convertirse en una experiencia mucho más exigente. Por eso, la preparación del viaje no debería basarse únicamente en la afirmación de que alguien «puede caminar». También hay que determinar en qué condiciones, durante cuánto tiempo y con qué nivel de esfuerzo.

La ruta real empieza antes de entrar en la atracción

Uno de los errores más frecuentes consiste en evaluar la accesibilidad teniendo en cuenta únicamente el destino. La familia comprueba si el museo tiene ascensor, si el restaurante dispone de mesas en la planta baja o si hay un aparcamiento cerca de la playa. Sin embargo, el participante todavía tiene que llegar hasta ese lugar, desplazarse por sus

alrededores y regresar al punto desde el que comenzó la excursión.

Por tanto, la accesibilidad debe analizarse como un recorrido completo y no como una característica aislada de un establecimiento. Imaginemos una excursión a una pequeña localidad. El aparcamiento está junto a la calle principal y desde allí sale un camino empedrado hacia la plaza del mercado. La distancia no es grande, pero el pavimento es irregular, hay varios escalones por el camino y la acera se estrecha en una zona donde se han instalado las terrazas de los restaurantes. En la plaza hay pocos lugares donde sentarse y el aseo se encuentra en un edificio situado a otro nivel.

Desde el punto de vista del mapa, se trata de un recorrido corto. Desde el punto de vista de una persona con movilidad reducida, puede ser una actividad bastante exigente. Por eso conviene comprobar no solo la distancia en kilómetros, sino también el tipo de pavimento, la pendiente del terreno, el número de obstáculos, las posibilidades de descansar y el acceso a los servicios básicos.

Algo parecido ocurre con el transporte. Un coche puede acercarse sin problemas a una atracción, pero si la plaza de aparcamiento está lejos de la entrada, hay que tener en cuenta el tramo adicional que será necesario recorrer a pie. En el transporte público no importa únicamente que haya una parada cerca, sino también cómo se llega hasta ella, si es posible subir al vehículo con facilidad, cuántos transbordos hay y cuánto tiempo habrá que esperar. La información de que se puede llegar al centro en autobús todavía no resuelve todos los problemas relacionados con el desplazamiento.

Lo más útil es pensar en el recorrido por etapas: salir del alojamiento, llegar al medio de transporte, realizar el trayecto, caminar hasta la atracción, desplazarse por su interior y regresar. Cada uno de estos elementos puede resultar sencillo por separado, pero su combinación puede convertir el día en una experiencia agotadora. Especialmente cuando no existen posibilidades de descansar entre un punto y otro.

Cinco aspectos que conviene comprobar

Antes de planificar las actividades, es recomendable examinar cinco aspectos. No se trata de una evaluación médica de la capacidad física, sino de una manera práctica de reconocer las condiciones en las que viajará una persona concreta.

El primer aspecto es la distancia que se puede recorrer y el tipo de superficie. Conviene determinar qué tramos puede caminar cómodamente el participante y si determinados pavimentos le causan dificultades. Un paseo marítimo llano puede resultar mucho más sencillo que un casco antiguo empedrado de longitud similar. Una ruta por terreno plano no es lo mismo que un camino con numerosas pendientes. También hay que tener en cuenta las pausas, porque poder recorrer una distancia determinada no significa necesariamente que sea posible hacerlo sin detenerse.

El segundo aspecto comprende los obstáculos verticales. Las escaleras, los umbrales elevados, los bordillos, las rampas empinadas y las entradas de los edificios pueden determinar si una persona podrá disfrutar de una atracción. Conviene comprobar no solo el número de escalones, sino también si hay pasamanos, cuál es la anchura del paso y si existe una entrada alternativa. La información sobre la